

# FORWARD

## TRAVEL

ABRIL 2015 No. 48

5

LUGARES  
HIP  
EN MADRID

DUENDES

Y LEYENDAS EN HIDALGO

JULIAN ASSANGE  
LOS VIAJES

WIKILEAKS

DIVERSIÓN EN

GRANDE

PARA PEQUEÑOS TROTAMUNDOS

ABRIL 2015 02001

grupo gin MEDIA BUSINESS



\$40.00 PRINTED IN MEXICO USD 3.00  
revistaforward.com.mx

ABRIL 2015

# ON

**P14 Rincones:** Butchart Gardens, una escapada por Canadá para admirar un santuario de flores.

**P18 Apps:** Entretenimiento para pequeños viajeros.

**P20 Arte:** Charles Mingus: radiografía de un genio, bajista, activista, compositor y director de orquesta.

**P24 Tips de fotos:** Consejos para retratar a los niños desde una perspectiva divertida.



**P30 Gadgets:** Accesorios para bikers y ciclistas futuristas.



# PLAY

**P50 Gaspésie, Canadá:** Historias y relatos de personajes que habitan donde la tierra termina, según la leyenda de los Mi'kmaq.



**GASPÉSIE**  
INCROYABLE VOYAGE



**P58 Destino nacional:** Travesía por el estado de Hidalgo, tierra de duendes, historias virreinales y grandiosa gastronomía.

HIDALGO  
LEYENDAS  
NÓMADAS



**BUCEO EXTREMO**

**P78 Tendencias de viaje:** En México se puede estar cara a cara con tres tipos de escualos, entre ellos el tiburón blanco. Conoce los sitios donde podrás realizarlo.



**P38**  
ITINERARIOS  
DIVERTIDOS  
PARA LOS PEQUEÑOS



**P38 Cover:** Las vacaciones en familia se pueden transformar en una sinfonia de llantos. Aquí algunos consejos para que todos disfruten de ellas.

PEQUEÑOS  
GRANDES VIAJEROS

# SLOW

**P84 En la Mira:** Experimento fotográfico que le rinde tributo al Día Internacional de los Vuelos Espaciales Tripulados.



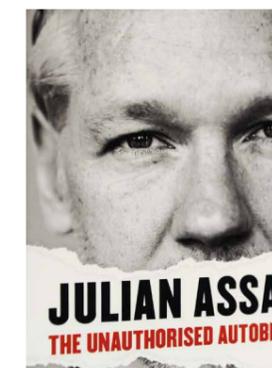
EL HOMBRE  
EN EL ESPACIO



**P92 Descanso:** Campamentos de verano. Planea con anticipación las actividades para que tus hijos aprendan durante sus vacaciones.

CAMPS  
APRENDIZAJE

**P98 Bitácora de viaje:** Los viajes de Julian Assange. Un libertador cibernético que soñó con una utopía, muy necesaria para la humanidad.



JULIAN ASSANGE  
THE UNAUTHORISED AUTOBIOGRAPHY  
HACKER  
ITINERANTE

**P110 Entretenimiento:** La serie televisiva *Pan Amnos* comparte los dramas que vivió la tripulación de esta extinta aerolínea.



**P112 Viajera solitaria:** Miedo a volar y a descubrir el destino.

AEROFOBIA  
HISTORIAS DE ALTURA

# GASPÉSIE

INCROYABLE VOYAGE

DONDE LA TIERRA TERMINA, SEGÚN LA LEYENDA DE LOS MI'KMAQ.

El sol reventaba sus luces de oro al subir en el horizonte detrás del Rocher Percé, dando al escenario un tono de Wagner, sólo faltaba la música de “La cabalgata de las Walkirias” para acompañar la majestuosidad del instante. La silueta de esa roca, desatada del continente como una lágrima, se animaba con los pájaros que giraban a su alrededor, mientras dos ballenas se asomaban en el mar plateado. El ambiente era idílico, digno de su fama de ser el fin de la Tierra. Eran las 3:40 am. Solo en ese mundo, me sentía el rey observando una ópera de fuego, cuando de forma impredecible surgió un hombre alto, de barba blanca y me dijo: “*Le rocher est la gloire de Percé, et le soleil a rendez-vous avec son image*”. “*La roca es la fama de Percé y el sol tiene cita con su imagen*”. Fue un comentario que me intrigó, así que le pregunté por qué me decía eso. “Es que la silueta de la roca es parte de la leyenda que dice que aquí se encuentra el fin de la Tierra”, me contestó Alfonse Boulay, viejo marinero que pescaba el bacalao para secarlo en las playas.

Su cara era un libro de aventuras y sus ojos un pozo de leyendas. Se sentó junto a mí y lo escuché hasta que fuese la hora del desayuno. Me contaba como Gaspésie era el terruño de sus ancestros, los Mi'kmaq que colonizaron esa península instalada entre el río Saint Laurent y la Baie des Chaleurs, erizada de las montañas Chic-Chocs, terminación de los Apalaches. Ese santuario veraniego de ballenas, tabernáculo de pájaros, es una intrigante península cuyos acantilados rojizos y ocres pintan ese escenario dramático donde parece que el planeta surgió de la profundidad del golfo de San Lorenzo. Es literalmente el Fin de la Tierra como lo dice su nombre, abrumador y fascinante. Boulay me contaba cómo los vikingos habían visitado los Mi'kmaq, tribu de Algonquinos, y en sus sagas los llamaban Skraelingars, los atacantes que vivían del otro lado del mar. Ese encuentro violento se olvidó y 400 años más tarde, los Mi'kmaq se sorprendieron al ver llegar a los franceses con Jacques Cartier en 1534 y Samuel de Champlain en 1603. Amigables, los recibieron bien y los dejaron penetrar hacia el oeste. Ya instalada la colonia francesa, los ancestros de Alfonse se mezclaron con esa raza venida de Europa, en sus aguas venían balleneros vascos y nórdicos, la pesca del bacalao era prometedora para la economía y los pescados se secaban sobre las piedras de las playas, se cazaban

caribúes en sus bosques, se ahumaba el salmón, se instalaba la religión católica y se creaba una nueva raza.

La vida cambió: llegaron las carreteras, las máquinas y las computadoras. Boulay, arrogante, se negaba a usar ese demonio llamado internet que es más temible que Gluskap, el legendario guerrero Mi'kmaq, y no trae *Keskamizet* (suerte).

En Gaspésie, la campiña verde y los bosques intactos contrastan con el azul profundo del océano. Es un mundo de leyendas azotado por los céfiros helados del invierno y el sol ardiente del verano. Un lugar que me hechizó por su magia e impregnó mi alma de buenos recuerdos.

Yo absorbía las historias de Boulay, cenamos juntos esa noche bogavante y salmón ahumado; fueron maridados con la cerveza Pit Caribou. De un encuentro casual nació una gran amistad.

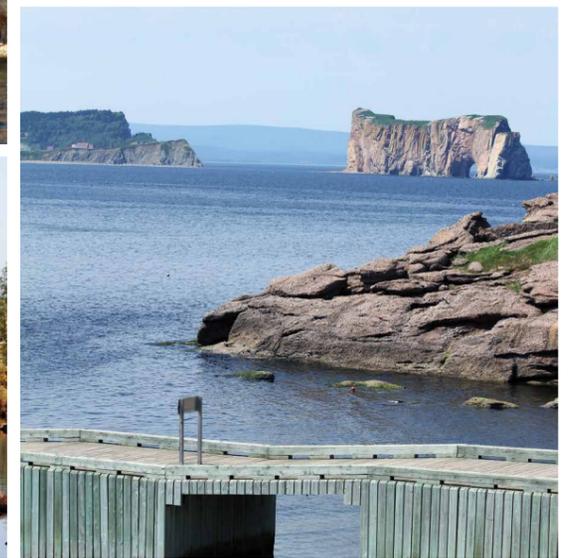
Alfonse preguntó cuáles eran mis impresiones de Gaspésie, su mundo de mar y acantilados donde él reconocía a las ballenas. A lo que respondí que cuando aterricé en Mont-Joli, la luz del sol se resbalaba sobre el agua sosegada del río Saint Laurent meneada por las mareas.

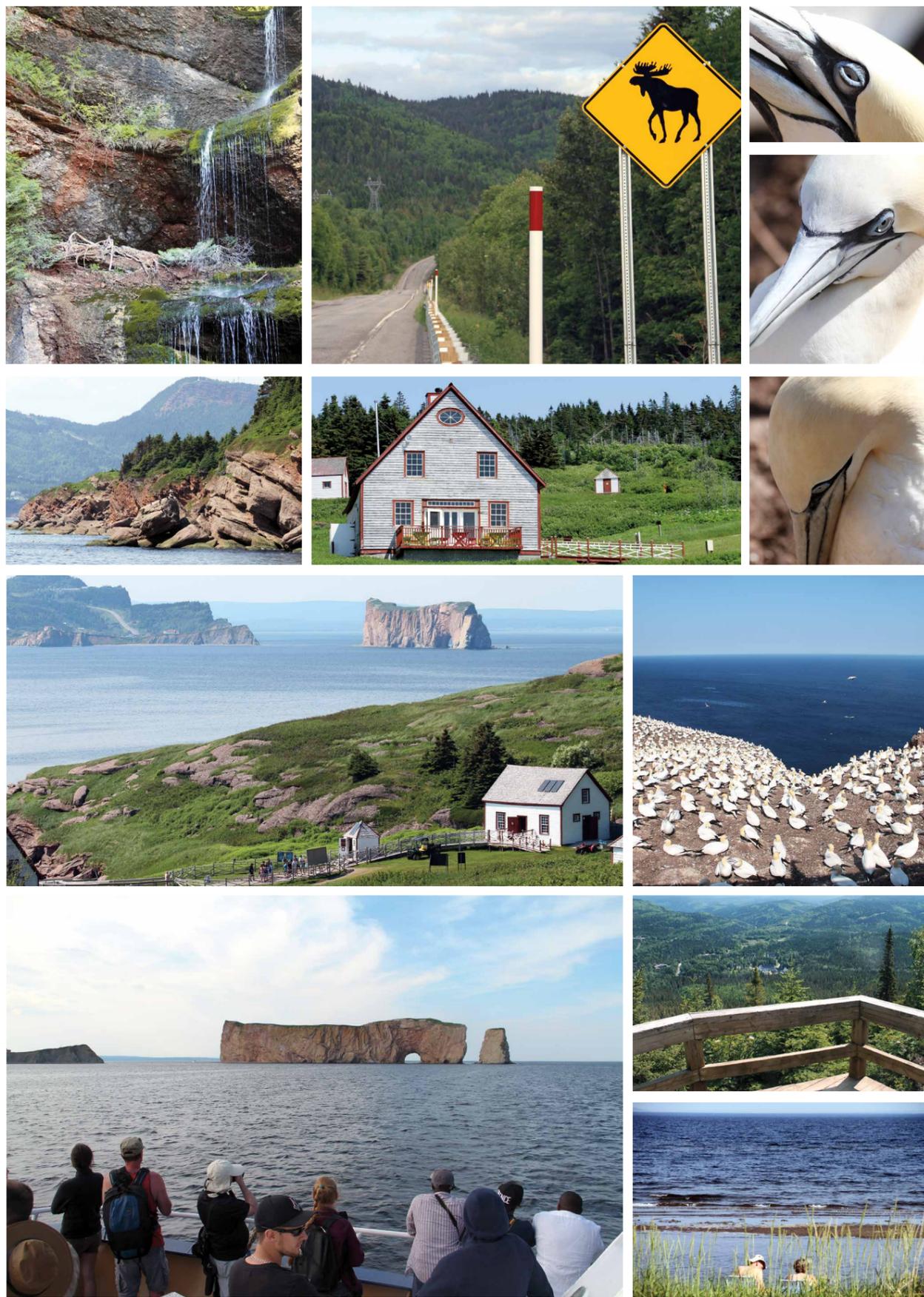
Sin titubear, mi anfitrión me llevó directamente a los jardines Reford o de Métis. Allí estaba Alexander, nieto de la señora Elsie Reford, creadora de estos hermosos jardines que comenzaron a florecer en 1926. Él nos paseó por un bosque misterioso, praderas florecidas, prados diseñados con flores de colores sorprendentes, azaleas, rododendros, petunias, lilas que explotaban en tonos monocromáticos, arroyos. Cada flor era un asombro, cada rincón un poema. El Festival Internacional anual de Jardín se estaba montando. Los artistas diseñaban unos espacios surgidos de cuentos, mezclando objetos y plantas.

#### EL LUJO DE LA NATURALEZA

Continuamos nuestro recorrido. Ahora en el hermoso lodge Estevan, construido en 1887. Allí el chef Pierre-Olivier Ferry nos sirvió su menú inspirado por la cosecha del jardín, mezclando verduras y flores comestibles para que nosotros descubriéramos un auténtico festín culinario con sabores que reflejaban la pluriculturalidad de la región.

Al salir de allí, el coche parecía que flotaba entre la tierra y el río Saint Laurent, que mide cerca de 60 km de ancho. Unos pequeños faros rojos y blancos decoraban el





paisaje, saturado de magia y leyendas. Cruzamos Matane que exhibe la flecha plateada de su iglesia y continuamos por Cap Chat (Cabo Gato), que se perfilaba desafiando la quietud del escenario. Ya en Sainte-Anne-des-Monts, un colorido pueblo que ondulaba alrededor de su iglesia, abandonamos el río para adentrarnos en la península. Allí aparecieron las montañas Chic-Chocs del Parc National Gaspésie, que alcanzan su pico más alto, el Jacques Cartier a 1,268 m, cubiertas de bosques. Los torrentes parecen perforar estos valles, mientras los caribúes habitan las partes altas de vegetación sub-boreal. Los alces pasean en ellas, las flores brotan para colorear el corto verano. Disfrutaba del paisaje como un niño cuando penetra en el país de los duendes y hadas; la magia invadía mi mente, mis ojos brillaban de fantasía y leyendas.

Más adelante, nos instalamos en el Gîte du Mont-Albert, al pie del monte del mismo nombre, de más de mil metros que subimos por un sendero atravesando el bosque, con vistas alucinantes sobre las montañas labradas por los antiguos glaciares. En la cima quedaba la nieve del rudo invierno. Las montañas estaban ahora impregnadas del olor a flores salvajes que estallan en ese verano templado. Desde la cima, observaba un mundo salvaje cuidadosamente conservado; los caribúes aparecían en el horizonte, las lagunas de la cúspide desolada y azotada por la brisa reflejaban un paraíso. Bajamos por el otro lado que nos llevó por un camino rural y empinado al costado de una cascada que se transformó en un torrente.

Pasamos puentes, arroyos y lagos inmóviles como espejos, bosques encantados y saltos de agua vertiginosos. El tiempo se esfumaba, la naturaleza nos envolvía en su cultura; la luz del día se desvanecía y cuando salimos del bosque más tarde de lo previsto, los guardabosques nos estaban buscando. La alarma había sido declarada, los helicópteros estaban listos para buscarnos, pero en un segundo el mundo de la Gaspésie se tranquilizó al encontrarnos. Sólo había sido un retraso con algunas caídas, debido al placer de disfrutar de la naturaleza. Merecíamos una excelente cena en el Gîte du Mont-Albert.

Boulay absorbía mi cuento y se carcajeaba de nuestra aventura en Mont-Albert. Seguimos nuestro descubrimiento de Gaspésie hasta llegar a la Baie-des-Chaleurs, donde los faros puntuaban la costa y las flechas de las iglesias

palpitaban. En ese sitio visitamos la fábrica de cerveza Pit Caribou (una antigua secadora de bacalao) en la costa donde lo verde de las praderas se perdían en lo azul del océano, separados por acantilados rojos. La carretera permitió llegar a los bosques y pueblos en una ruta mágica, cuando de repente mi nuevo amigo detuvo el coche frente al famoso Rocher Percé, la inmensa roca perforada por un hoyo natural, atada a la tierra por una lengua de arena. En la rivera surgía el encantador pueblo de Percé con sus tiendas y su aire de antaño. Los acantilados que lo rodean toman los colores de un atardecer perpetuo, me sentía también como un explorador antiguo. Embarcamos en la Croisières Julien Cloutier para dar la vuelta al Rocher Percé forjado por los elementos marítimos y la rudeza de los inviernos de Gaspésie, la fuerza de los vientos polares y los calores del fugaz verano. Dimos la vuelta a la gran isla de Bonaventure, impresionados por la altura de las quebradas y la gran cantidad de pájaros y focas que animaban la naturaleza.

Desembarcamos en lo que fue la antigua aldea de pescadores, en esa isla del Parc national de l'île Bonaventure, Carole Couët nos explicó de manera muy figurativa la vida de los Northern Gannets (pájaros bobos), imitando sus posturas, su manera de caminar, sus costumbres. Nos hizo reír además de fascinarnos y caminamos por el sendero hasta el otro lado de la isla para acercarnos a la colonia de estas aves, una de las más grandes de Norteamérica, la de acceso más fácil. Los observamos de cerca, admirando el fondo de sus miradas. Las rayas azules alrededor de los ojos, sus plumas blancas, los pollitos recién nacidos, sus vuelos, la manera de reconocer sus lugares. Fue un espectáculo extraordinario. Me sentía feliz y mis ojos brillaban de placer: el cielo se abría, las alas me crecían y era uno de ellos. Tuve que regresar a la realidad, subir a la lancha donde la magia nos cruzó con una ballena rorcual. Terminamos el día en la mesa de La Maison du Pêcheur para degustar bogavantes, pescados y el famoso salmón ahumado de la región. Las luces se apagaron y desde el Hotel Le Mirage, en la oscuridad de un noche clara, adivinaba la silueta del Rocher.

**LEYENDAS DE MAR**

A las 4:00 de la mañana el sol se elevó detrás de la roca pintando su silueta, alumbrando con rojos y violetas un cielo perdido en el infinito. Era un tejido de colores surrealista, con formas surgidas de una leyenda del gran norte; un cuento de mar y sirenas en las tinieblas.



Meditaba, con los ojos perdidos en la imagen, que cambiaba de color hasta que el sol alejó la bruma y mi alma aterrizó sobre el litoral. Desayunamos al estilo Vieille France unos pains au chocolat, “como en la boulangerie de la tía Catherine” agregó Boulay.

Recorrimos la costa donde se intercalaban acantilados y planicies con lagunas, iglesias y playas. Así pasamos Gaspé para circunvalar la gran bahía y llegar al embarcadero. Navegamos en la ensenada de esta misma región y observamos a las ballenas blue whale, Fin, Humpback, Mink.

Era una fiesta de grandes dimensiones. Pasamos el faro del cabo Gaspé en la península de Forillon para admirar a los vertiginosos acantilados que están animados por pájaros y colonias de focas. Me impresionó lo dramático de ese paisaje creado por un dios enfurecido que alzó la costa.

En tierra caminamos a lo largo de la costa adornada de caletas de agua transparente. Visitamos la antigua secadora de bacalao, la Hyman & Son General Store, l'Ance Blanchette y Dolbel Robert House, donde revivimos el pasado. Unos artistas representaban las escenas y canciones de antes; el ambiente era el de la época remota cuando Gaspésie era muy aislada, perdida entre los meses de eterno invierno, palpitando con el efímero verano, viviendo del bacalao. El Parc National Forillon está cubierto por una vegetación boreal, habitado por osos y pájaros. Desde el mirador observamos a unas colonias de aves y el faro de Cap des Rosiers. Regresamos a Percé donde cenamos en el restaurante Riotel Percé que luce el eslogan “All you can eat Lobster”, por lo que realicé el máximo esfuerzo para que mi estómago procesara tres bogavantes. Boulay me escuchaba, apacible, sonriendo; movía la cabeza de vez en cuando y me confesó que él, en una ocasión, llegó a cinco bogavantes porque no había comido en dos días.

Se había perdido en altamar porque un banco de neblina lo desorientó y su motor falló, hasta que un pescador lo rescató cuando la neblina desapareció. No traía brújula ni radio en ese tiempo, la neblina lo había sorprendido sólo a cuatro millas del Cabo Gaspé y ningún pescado mordía su anzuelo.

Al alba de nuestro último día caminamos en la montaña que domina Percé, disfrutando las hermosas vistas del pueblo, el Rocher y la isla, paseábamos en un bosque de fantasía y alcanzamos una cascada excepcional. Antes de partir, me despedí de Alfonse Boulay. Me sentía tan a gusto con ese viejo marinero que pasa su vida al ritmo de las intensas nevadas y del sol radiante del verano, navegando por la historia del mar de su país. Con sus años, no dejaba de caminar diario unos 6 ó 7 km por el azar de sus pasos, y sus historias habían terminado de enamorarme de una de las regiones más hermosas de Canadá.

Es el Fin de la Tierra donde todas las leyendas se imaginan y los mitos son realidad, donde los duendes brincan en la nieve y las ballenas se ríen cuando el calor inunda la tierra, un mundo que surge de la magia de su luz, los colores de sus flores y el brillo de sus acantilados.

Cuando despegó el avión, abandoné una tierra que era parte de mí, una aventura que integraba mi alma y mientras sobrevolamos la península, sentía que dejaba mi corazón en el universo entre el río Saint Laurent, el golfo de Saint Laurent y la Baie-de-Chaleurs.

Un increíble voyage donde la luz del norte alumbra los quebrados de Percé para deslizarse sobre el mar e iluminar lo verde de los bosques y de las praderas, detalles que hoy inundan mis recuerdos de ese extraordinario viaje. Gaspésie es belleza y majestuosidad, un tesoro desconocido lleno de mitos y gente que lleva la luz en sus ojos. ■

